



tificó las relaciones entre el Rey de Francia y los príncipes electores, movió a Alemania a inflamarse en la hoguera de la revolución, inspiró a Goethe, a Heine, a Madame de Staël, a Victor Hugo y, pese a las furiosas luchas que enfrentaron a los dos pueblos, no cesó de buscar un camino, a tientas, entre las tinieblas». Una cierta magia se desprende de su descripción de lugares, como en la descripción del castillo de Rambouillet, párrafo muy demostrativo del libro: «Los huéspedes, alojados en la torre medieval por donde pasaron tantos Reyes nuestros; al atravesar los aposentos donde habitaron nuestros Valois, nuestros Borbones, nuestros Emperadores, nuestros Presidentes; al deliberar en la antigua sala de mármol con el Jefe del Estado y los ministros franceses; viendo cómo se despliega ante sus ojos la honda majestuosidad de los estanques, y al recorrer el parque y el bosque donde hace diez siglos se cumplen los ritos de las cacerías oficiales, necesariamente aprecian lo que el país que les recibe tiene de noble en su llaneza y de permanente en sus vicisitudes». He aquí a De Gaulle; político astuto que lleva a su terreno a los demás, fascinado por su historia, nacionalista, escritor de talento, escenógrafo, experto en relaciones públicas... Un hombre al que bien se puede calificar, sin entrar en juicios de valor sobre sus resultantes, de genio político. ■ E. H. T.

Charles de Gaulle, «Memorias de Esperanza. La Renovación. 1958-1962». Traducción de Florentino Trapero. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1970.

CAMPANILLEROS EN SEVILLA

Miseria con cántaro y alpargata

Llegan para decir a Sevilla que en el cielo se alquilan balcones para un casamiento que se va a hacer; que beben y beben los peces en el río; que en el portal está un buey, y una mulita también. Son los niños campanilleros, aves de estación que en cuanto asoman los fríos del invierno llegan invariablemente a las cafeterías más «in» de la avenida, a la puerta de los escasos bares de la calle Sierpes.

Llegan de los refugios municipales, donde diecisiete mil personas desahuciadas de casas en ruina esperan el maná de una vivienda oficial que no acaba de caer; llegan de la eterna provisionalidad de las Casitas Bajas del Polígono, donde llevaron a los que la riada del Tamarguillo dejó sin techo en 1961; llegan de la conscientemente proletaria barriada de Los Pajaritos; desde las casas por derribar de Triana, de la calle Feria, de San Julián, de los barrios que un día de julio tomó un romántico capitán del Requeté que se llamaba Barrau y que llevaba boina y barba a lo Zumalacárregui.

A la alegre y confiada Sevilla, que ve en la televisión y en las estadísticas oficiales lo bien que marcha la industrialización en el Polo de Desarrollo; a la Sevilla de maxifaldas y bolsos de ante con flecos que llegan por los tobillos; a la Sevilla que juega a la calle Serrano en Vía Veneto, en La Reja o en El Nuevo Coliseo; a la Sevilla consumistamente contestataria de bigotes a lo Jivago, barbas a lo Castellet y chaquetas a lo Eugenio Trias, le llegan cada invierno estos niños de barrio que se ganan unos duros cada noche repitiendo la antigua miseria de los campanilleros.

Llevar una camiseta de tergal sobre el chaleco de punto con cremallera, que hay que cuidar el atuendo pastoril, que para sí lo quisiera el señor don José Tamayo; llevar unos elementales instrumentos de percusión; que si el triángulo hecho en horas extras por un tornero de la Hispano Aviación que ha leído los libros de XYZ que vende Paco Barco en El Tardón; que si la pandereta tan distante de Merimée; que si el cántaro sobre cuyo brocal alfarero la alpargata en otro tiempo legionaria y de la mano negra (ya pieza de museo en una

Andalucía de convenios colectivos y reuniones en las Secciones Sociales de los Sindicatos oficiales) marcará el compás del cielo en el que se alquilan balcones, de los peces que en el río beben por ver a Dios nacio.

Tienen la voz del hambre, la misma que conservan las niñas que estudiaron como gratuitas en el colegio del Valle y que ahora se ganan más de cien duros cada noche en Los Gallos, haciendo palmas en el corro flamenco para los turistas caros que paran en el hotel Luz Sevilla.

Los niños campanilleros llegan a las puertas de las cafeterías más confiadas, con la vieja canción sevillana. En Samoa, un barman madrileño ha puesto de moda exóticas bebidas del barrio de Argüelles: el groggy, el Peces, el Taras Bulba. Llegan los vasos hasta echando humo, en el sofisticado cóctel a lo Ibáñez Serrador que se llama historias para no dormir. Y esta ciudad burguesa y a la páge sigue durmiendo. Ignora de dónde vienen, para qué cogen los duros en la pandereta que pasan al final a modo de gorra de ciego romancero; de dónde vienen, de qué ocultos refugios municipales, de qué casas en ruina, estos niños que llevan junto a las puertas de luna securit la voz del pueblo, que dice el mirabás que es voz del cielo; estos niños que llevan la ley que son las obras, la voz del hambre a la puerta del consumo y las maxifaldas:

La Virgen está lavando
con un cachito jabón.
Se le pican las manos,
manos de mi corazón.

Dentro, en el mundo de las medias combinaciones, nadie recuerda ya qué es el jabón verde, en un tiempo de televisivas lavadoras superautomáticas; nadie sabe qué son las manos picadas, en un tiempo de guantes de goma. Pero allí, en la calle, con sus camisitas de tergal cubriendo un catequético jersey con cremallera, siguen los niños campanilleros de Sevilla percutiendo el brocal del cántaro con la alpargata, dando una mendicante imagen de miseria a una ciudad que para no dormir tiene que buscarse un cóctel humeante y sofisticado, cuando a cualquiera podrían quitar el sueño las noticias sobre el problema de vivienda que cada miércoles recogen los periódicos: «La Comisión Municipal Permanente, reunida ayer, acordó declarar en estado de ruina total siete inmuebles, situados en las calles...» ■ ANTONIO BURGOS.

